

# UTOPIÁS GENERACIONALES. DE LA RADICALIZACIÓN POLÍTICA A LA LUCHA ARMADA. JÓVENES EN EL SURGIMIENTO DEL PRT-ERP (ARGENTINA), MIR (CHILE) Y MLN-TUPAMAROS (URUGUAY). 1960-1970

## GENERATIONAL UTOPIES. FROM POLITICAL RADICALIZATION TO THE ARMED STRUGGLE. YOUTH IN THE EMERGENCE OF THE PRT-ERP (ARGENTINA), MIR (CHILE) AND MLN-TUPAMAROS

Macarena Orellana Caperochipi\*

### RESUMEN:

Desde lo que planteamos como una “utopía generacional” buscamos dar cuenta y reflexionar acerca del rol de los jóvenes en la experiencia de formación de grupos guerrilleros en Chile (MIR), Argentina (PRT-ERP) y Uruguay (ELN-Tupamaros) en la década del 60'. Analizando la literatura, algunos testimonios y prensa, se intenta reflexionar acerca de la razones que llevan a los jóvenes a la radicalización política -entendida como una forma de sobrepasar los parámetros democráticos clásicos y apurar los acontecimientos históricos-llegando al uso de la violencia y la lucha armada como metodología política para ir más allá que la generación precedente.

**Palabras clave:** Jóvenes - generaciones - radicalización política - violencia - lucha armada.

### ABSTRACT:

From what we present as “generational utopia”, we seek to reflect on the role of the youth in the experience of the formation of guerrilla groups in Chile (MIR), Argentina (PTR-ERP) and Uruguay (ELN-Tupamaros) in the 60's. Analyzing literature, some testimonies and press, we attempt to reflect on the reasons that lead youth to political radicalization – understood as a way to exceed the classic democratic parameters and rush the historical changes-reaching to the use of violence and the armed struggle as a political methodology to go beyond the precedent generation.

**Keywords:** Youth - generations - political radicalization - violence - armed struggle.

**Recibido:** 12 de septiembre de 2012

**Aprobado:** 5 de diciembre de 2012

\* Magíster © en Historia mención América por la Universidad de Santiago de Chile. Correo electrónico: [maca.orellana.ca@gmail.com](mailto:maca.orellana.ca@gmail.com)

## I. INTRODUCCIÓN

La década del '60 comenzaba en América Latina signada por lo que simbolizaba el triunfo de la Revolución Cubana de 1959. No sólo se agudizaban los conflictos de la propia Guerra Fría en el escenario de la post Guerra Mundial, sino que en esta región considerada por Estados Unidos como 'su patio trasero', había triunfado un movimiento insurreccional liderado por el joven abogado Fidel Castro. Pero además, el triunfo de esta revolución puso en jaque las teorías gradualistas para alcanzar el poder, poniendo de manifiesto tanto la urgencia como la posibilidad de llegar a la revolución por medio de la vía armada.

En palabras del historiador Eric Hobsbawm (1998), la Revolución Cubana llenó de simbolismo el proceso revolucionario en América Latina, no sólo llamaba a las izquierdas latinoamericanas a romper con la dominación de las clases terratenientes y conservadoras, sino que marcaba un camino: la lucha armada. Para Hobsbawm la Revolución Cubana, como referente político lo tenía todo:

Espíritu romántico, heroísmo en las montañas, antiguos líderes estudiantiles con la desinteresada generosidad de su juventud —el más viejo apenas pasaba los treinta años—, un pueblo jubiloso en un paraíso turístico tropical que latía al ritmo de la rumba. Por si fuera poco los revolucionarios de izquierda podían celebrarla. (Hobsbawm, 1998, p.439)

Al poco tiempo, miles de jóvenes aceptaron el llamado imperioso de hacer la revolución, de tomar las armas para romper con una historia de dominación y alcanzar el socialismo en cada uno de sus países o incluso, apoyando la liberación de otros países vecinos. La insurrección continental se expresó en la lucha de Ernesto Che Guevara quien, desde la guerra de guerrillas, comenzaría a apoyar y llamar a la creación de "dos, tres, muchos Vietnam". Inmersos en un contexto histórico que no les era cómodo: expectativas laborales en un sistema económico incapaz de absorberlos; crisis de los sistemas políticos y económicos, etc. Los jóvenes, en su mayoría intelectuales universitarios, se lanzaron en masa a la experiencia de la conformación de las guerrillas urbanas y rurales.

Esta experiencia se vivió intensamente en el Cono Sur. A partir de la guerrilla de Ñancahuazú organizada por el mismo Che Guevara en Bolivia a mediados de la década del '60', la experiencia fue haciendo eco en diversos sectores de la región. Es así como tanto en Chile, Argentina y Uruguay se crearon diversas organizaciones que veían en la lucha armada el mecanismo de alcanzar el poder político. Lo anterior se configuró como una esperanza experimentada por toda una generación de jóvenes que frente a los sucesos que marcaban la historia de América Latina, se hicieron parte del proceso y emergieron como sujetos con identidad propia.

Es a partir de este último punto, entendido como una utopía generacional que se busca dar cuenta y reflexionar acerca del rol de los jóvenes en la experiencia de

la formación de grupos guerrilleros que apostaron por la lucha armada en Chile, Argentina y Uruguay en la década del '60. Entendiendo que:

esta nueva generación política constituida principalmente por jóvenes con menos de 30 años a fines de los sesentas, desafió las maneras tradicionales de hacer política y promovió nuevas formas de movilización, social, política, y cultural (Marchesi, 2008)

En este caso, se ha elegido analizar al MIR chileno surgido en 1965, pero que asume un fuerte giro generacional en 1967 a partir de su III Congreso, quedando en la secretaría general el estudiante de Medicina de la Universidad de Concepción, Miguel Enríquez, quien se configurará como el líder indiscutido del movimiento. En Argentina, se ha elegido analizar la formación del Partido Revolucionario de los Trabajados de 1965 y su posterior brazo armado el Ejército Revolucionario del Pueblo formado en 1970, puesto que en el encontramos la confluencia de diversos sectores juveniles los cuales también marcaron una experiencia generacional. En el caso uruguayo, se ha elegido la confluencia juvenil en el Movimiento por la Liberación Nacional-Tupamaros, quienes a partir de 1965 comienzan la lucha guerrillera urbana engrosando sus filas a partir de la confluencia de diversos jóvenes en la organización.

Se intenta por tanto, reflexionar acerca de lo que significa esta 'utopía generacional', sus simbolismos, sus referentes y los caminos que llevan a la negación de la política tradicional, dando cuenta con ello de las razones que podrían explicar la radicalización política expresada comúnmente en la figura de los jóvenes.

Normalmente se ha visualizado y representado a la juventud con el carácter de 'rebelde', es justamente esta construcción la que se busca poner en cuestionamiento, puesto que se entiende que son diversos los factores que se ponen en juego en esta situación, y porque entendemos además que el cambio que se está produciendo en las juventudes de la década del '60' responde a quiebres en los referentes culturales de las mismas.

La hipótesis que guía el presente escrito, dice relación con la forma en que se produce una revolución cultural (Hobsbawm, 1998, pp. 322-345) en la generación de la post segunda guerra mundial y en el contexto de la Guerra Fría. Este proceso hace conjunción con otras experiencias vividas específicamente en la región latinoamericana. En primer lugar, la negación del adulto como referente, y su papel político en las estructuras partidarias clásicas (vale decir, la forma en que los jóvenes ven esto como una constante transacción política 'democrática'), sumado al hecho de que surgen referentes propiamente juveniles revolucionarios, como es el caso del Che Guevara y Fidel Castro y su planteamiento de la lucha armada como forma de alcanzar el poder. Lo anterior fomenta y permite la conjunción -a partir del quiebre o de la crítica a la política formal- de movimientos revolucionarios que, desde la radicalización política -entendida como una forma de sobrepasar los parámetros democráticos clásicos y apurar los acontecimientos-, llegan al uso de la violencia y

la lucha armada como metodología política.

En este sentido, planteamos que la generación es aquello que desde la juventud construye su identidad a partir del momento histórico que vive, con lo cual se entiende la particularidad de las generaciones juveniles que analizamos y la forma en que éstos se construyen identitariamente tanto desde lo juvenil, como desde lo político. Con ello se critica el referente de la generación predecesora y también sus métodos para alcanzar y generar instancias de poder. Esta crítica hace conjunción con un momento histórico determinado, vale decir, la crisis económica y política que se vive en el Cono Sur a partir de la década del 50' y, a su vez, con los referentes revolucionarios de la región, como fue la Revolución Cubana principalmente.

En términos metodológicos, nos abocamos a la revisión de fuentes y bibliografía que den cuenta de los procesos de gestación de las organizaciones en cuestión, buscando en ellas las improntas generacionales, los referentes políticos, los ideales y la crítica que se produce a la política formal. El interés por dar cuenta de este proceso, se explica por la falta de material que se aboque al análisis del carácter juvenil y generacional de éstas experiencias guerrilleras. Son muchos los trabajos que recopilan testimonios, que dan cuenta de la organización, de las acciones, de la cultura política, de la militancia y de la memoria. Sin embargo, y pese a que en todos ellos podemos encontrar la referencia al elemento juvenil, es difícil encontrar un trabajo que analice la relación entre este elemento y el surgimiento de las organizaciones, vale decir, la experiencia guerrillera como experiencia generacional no ha sido trabajada a cabalidad.

Por el vacío antes descrito, hemos revisado en primer lugar material teórico que dé cuenta tanto del concepto de juventud como del de generación. En segundo lugar, se ha analizado el material que se aboca a la formación de los grupos guerrilleros del MIR, el ERP y los Tupamaros buscando entre líneas aquello que dé cuenta del carácter generacional y de la impronta juvenil de dichos grupos.

Desde el punto de vista teórico cultural, entendemos la juventud como “un sector social que presenta experiencias de vida heterogéneas, con capacidad y potencialidades, [...] aquello que desde sus propios sueños y expectativas decide realizar [...]” (Duarte y Tobar, 2003, pp. 26-27). Por tanto, entendemos que existen diversas juventudes con experiencias y expectativas propias del grupo con el cual se identifican, del espacio en el que confluyen. Nos interesa por tanto, dar cuenta de que la categoría de juventud no se configura como un determinante biológico, vale decir aquellas personas que se encuentran entre los 15 y los 29 años de edad, sino que además como una construcción socio-cultural en constante movimiento y que adquiere en esta práctica identitaria el simbolismo que la define como tal.

Ahora bien, el concepto de juventud en tanto categoría relacional e identitaria se entronca con el concepto de generación como lo ha definido Víctor Muñoz Tamayo (2011). Siguiendo al autor, “la generación se asocia a una representación y auto-representación de los sujetos respecto a la complejidad social y epocal que viven-

ciaron a partir de sus períodos de juventud” (p. 32), por consiguiente, se configura como una categoría construida posteriormente, que sirve de base para explicar el accionar del pasado. Esto se enlaza con lo que hemos planteado anteriormente, que la experiencia guerrillera se configura como una utopía generacional, puesto que esta construcción si bien se vive en un presente, sólo posteriormente se configura como una vivencia de generación. Entonces, entendemos que “aquel fenómeno fundamentado biológicamente que es la generación, se vive histórica y socialmente, surgiendo, con ello, interrogantes que desbordaran el dato biológico” (Tamayo, 2011, p.16).

Por otro lado, entendemos la política como la “conflictiva e inacabada construcción del orden deseado” en palabras de Norbert Lechner (2002, p. 8), y por tanto, la radicalización de ésta como el proceso mediante el cual se va más allá de los canales formales democrático-partidarios. En este sentido, y tomando en consideración la metodología de la lucha armada, la violencia la entendemos como “la resolución o intento de resolución, por medios no consensuados, de una situación de conflicto entre partes enfrentadas” (Pozzi y Pérez, 2012, p. 12) en un conflicto social inminente. Además, en el caso de la guerrilla, entendemos que la violencia se configura como una táctica explícita para hacerse del poder. La violencia se plantea como una construcción a partir de elementos políticos, culturales, morales y éticos. Dicha construcción implica a su vez el reconocimiento de un enemigo, de un otro y por ende, de la construcción de un yo, que en el caso que analizamos se configura como un yo colectivo, un constante nosotros que hace eco en la generación juvenil de la década del '60.

La violencia se configura como un fenómeno difícil de definir, no sólo por su misma complejidad, sino también por los numerosos espacios de la vida social que abarca. Como plantea Graciela Lúnecke “la violencia contiene y responde a factores etológicos (biológicos), psicológicos, psicosociales, simbólico-culturales, políticos, éticos e históricos” (2000, p. 13). Dentro de esto, es importante comprender que la violencia se manifiesta como un fenómeno histórico de implicancia social y política (Aróstegui, 1994). Para Lúnecke la violencia política se caracteriza por poseer formas cambiantes y porque conduce nuestra atención hacia la relación existente entre poder-violencia y Estado-violencia. Por lo anterior, la violencia política estaría íntimamente relacionada con la utilización de la fuerza y el uso del poder, al mismo tiempo que con la búsqueda de generar un poder político alternativo a aquel con el que se enfrentan los sujetos.

En los años sesenta la violencia se convirtió en una metodología asumida por algunos para romper con la situación de dependencia, subdesarrollo o dictaduras de la región, transformándose en un fenómeno latinoamericano y no una mera manifestación local en algún país en específico (Pozzi y Pérez, 2012). En estas circunstancias la violencia política —sea la lucha armada o la represión— se configura como un indicador significativo de las formas de relaciones sociales de un determinado espacio y lugar; transformándose con ello en una forma de medir los ‘niveles’ de conflicto o consenso al interior de una sociedad, particularmente en aquellos momentos históri-

cos de mayor politización (Aróstegui, 1994, p. 9), como fue la década del '60 que analizaremos a continuación.

## II. JÓVENES Y JUVENTUDES. ¿SEREMOS COMO EL CHE!

Eric Hobsbawm (1998) plantea que la cultura juvenil se configura como la matriz de la revolución cultural que se experimenta en el mundo desde la segunda mitad del siglo XX, vale decir, en el período de la post guerra y de la emergencia de la Guerra Fría. En este proceso, “en primer lugar la <<juventud>> paso a verse no una fase preparatoria para la vida adulta, sino, en cierto sentido, como la fase culminante en el desarrollo humano” (Hobsbawm, 1998, p. 327).

Esta cultura juvenil planteada por Hobsbawm, tiene como característica principal el hecho de internacionalizarse, puesto que adquiriría un carácter global y “la aparición de grandes conjuntos de jóvenes que convivían en grupos de edad en las universidades provocó una rápida expansión del mismo” (1998, p. 329). Bajo este contexto es que surge una identidad juvenil propia, donde los jóvenes comienzan a identificarse como tales y a construirse como una comunidad heterogénea.

En este sentido, el ser joven se configura a la vez como un simbolismo. Como lo plantea Alberto Melucci (1999) “ser joven no se limita a una simple definición biológica; se ha transformado en una definición simbólica” (1999, p. 102). El autor plantea que esta definición simbólica y la irrupción de movimientos juveniles ponen de manifiesto una apelación al tiempo, puesto que el ser joven es una condición biológica y social temporal, lo que permitiría la construcción de generaciones políticas que se diferencian de sus predecesoras, siendo relevadas por las siguientes.

Desde nuestro punto de vista, es importante dar cuenta de que la caracterización del sujeto juvenil tiende a ser construida desde los adultos. Es lo que Klaudio Duarte y Boris Tobar (2003) han definido como lo “adultocéntrico” (Duarte, 2006), en tanto desde este referente se construye una visión que tiende a negar la capacidad política (u otra) del sujeto joven y que además niega la heterogeneidad de éstos definiéndolos como un todo.

Lo adultocéntrico, como categoría analítica, se enlaza con la irrupción de una crítica desde la juventud hacia el adulto como referente. Para Hobsbawm (1998) la radicalización política de los años '60,

perteneció a los jóvenes, que rechazaron la condición de niños o incluso de adolescentes (es decir, de personas todavía no adultas), al tiempo que negaban el carácter plenamente humano de toda generación que tuviera más de treinta años (p. 326)

Es así, que los jóvenes comienzan a criticar el accionar de los adultos, al tiempo que éstos criticaban la capacidad política de los jóvenes, apelando a su falta de

experiencia.

En la crítica del referente adulto, como proceso cultural, la juventud comienza a construir sus propios referentes políticos. En esta construcción asume gran importancia la Revolución Cubana y sus figuras: el Che y Fidel, quienes son tomados como referentes de la juventud política de la izquierda latinoamericana. Verónica Valdivia (2008), analizando la capacidad de cambio de los sujetos juveniles, plantea que son estos “quienes más rechazan la política del temor y la transacción, así serían ellos quienes ofrecerían una nueva disposición” (p. 95), lo que explicaría el hecho de que algunos asumieran el llamado a tomar las armas e iniciar la insurrección.

En este sentido, la muerte del Che Guevara en 1967 en Bolivia, se configuró como un detonante para radicalizar la lucha de la izquierda, “seguir su ejemplo y tomar su fusil” como plantearía el PTR-ERP luego de su muerte, se convertiría en un imperativo. En palabras de Carmen Murillo (2010), militante del Ejército de Liberación Nacional de Bolivia, la muerte del Che implicaba una derrota militar pero al mismo tiempo “fue una victoria política porque el ideario del Che, la formación del *hombre nuevo* se difundió en las universidades bolivianas. Los jóvenes empezamos a escuchar del Che Guevara, de su valor, de su heroísmo, de su entrega, de su muerte...” (Movimiento de Mujeres Libertad, 2010, p. 191), esta situación trascendió las fronteras y, debido a la globalidad de los referentes juveniles, se convirtió en una bandera de lucha para miles de jóvenes latinoamericanos. Como plantea Enérico García, militante del MIR chileno: “éramos jóvenes. El inicio de la guerra por el Ejército de Liberación Nacional en Bolivia, en 1967, nos genera la inquietud de hacer algo [...] a la gente que venía —e insisto, siendo muy jóvenes— nos empieza a plantear una exigencia” (García, 2010, p. 19).

Como hemos mencionado, la Revolución Cubana también despertó las aprensiones de la derecha y muchos “se apresuraron a calificarla como una ‘aventura’ y descalificaron dogmáticamente a los jóvenes que dieron ese paso” (Punto Final, 1967a). Pero lo cierto es que con su triunfo, en 1960 surge una nueva izquierda principalmente de las escisiones de los partidos comunistas y trotskistas del período anterior. Como plantean Pozzi y Pérez (2012)

esta nueva izquierda se vio fuertemente impactada, tanto por el ejemplo de la Revolución Cubana y la figura del Che Guevara, como por la guerra de Vietnam. Ambos aspectos generaron fuertes y ricas discusiones en torno a tres ejes: el carácter de la revolución latinoamericana, las vías de la revolución y el sujeto de la revolución (p. 10)

Este llamado o impacto fue principalmente recibido por las juventudes<sup>1</sup>.

1 Cabe hacer notar en este aspecto que si bien estas circunstancias impactaron a toda una generación, las respuestas políticas no fueron equivalentes. Mientras muchos asumieron el camino de la vía armada o la política desde la ‘izquierda’, también algunos se sintieron llamados a evitar el ‘totalitarismo marxista’ y se embarcaron en proyectos contrarrevolucionarios desde el otro lado de la política. Al respecto para el caso chileno véase a Valdivia (2008). Sobre la experiencia testimonial del Movimiento Nacionalista Patria y Libertad en Chile ver a Salazar (2007). Para el caso uruguayo y la forma en

En este contexto político, convulsionado por la polarización del mundo con la Guerra Fría, surgen las organizaciones guerrilleras del MIR en Chile, del PTR-ERP en Argentina y el MLN-Tupamaros en Uruguay. Cada una de estas organizaciones adquirirá características particulares debido a la contingencia nacional y la experiencia de sus países, aunque todos engrosaran sus filas con jóvenes, estudiantes universitarios y secundarios, quienes confluirán con otros sujetos como obreros, campesinos, pobladores, etc.

Ahora bien, este proceso de convulsiones sociales se vio acrecentado, desde la perspectiva juvenil por las constantes expectativas que generaba el proceso de apertura educacional, lo que se enfrentaba a una nula capacidad del sistema económico de retribuir a los jóvenes estudiantes e ingresarlos como fuerza laboral calificada al sistema. Esta situación, sumada a los conflictos políticos y sociales de cada uno de los países que analizamos –que no es el caso describir en este artículo–, y los hechos de contingencia que se produjeron, acelerará el ingreso de los jóvenes a las organizaciones guerrilleras.

En el caso chileno, el surgimiento del MIR se encuentra signado por las convulsiones políticas a partir del triunfo de Eduardo Frei Montalva de 1964. El triunfo de la Democracia Cristiana, ponía en evidencia la debilidad de la candidatura de Salvador Allende, levantada por el FRAP (Frente de Acción Popular); para algunos esta situación simbolizó la necesidad de radicalizar las posturas de la izquierda. La importancia de éstas elecciones quedaría de manifestó puesto que ellas “calaron hondo en la izquierda chilena, vastos sectores empezaron a percibir con desconfianza la vía electoral, y bajo el influjo de la Revolución Cubana se fueron convenciendo de que la única opción para hacer las transformaciones que Chile requería era la lucha armada” (Pérez, 2003, p. 12).

Cristián Pérez plantea que miembros de la Federación Juvenil Socialista (FJS), quienes se habían retirado del FRAP por la derechización de la campaña de Allende, unidos a ex militantes de las Juventudes Comunistas, junto con algunos trotskistas que eran antiguos cuadros de la Izquierda Comunista, se reunieron para crear un nuevo grupo de izquierda, que hiciese frente a las problemáticas de sus sectores (Pérez, 2003, p. 12).

El 15 de agosto de 1965 nació el MIR dirigido por el médico Enrique Sepúlveda. “entre los fundadores destacaban los dirigentes obreros: Clotario Blest Riffo y Eugenio Cossio; jóvenes como Luciano Cruz Aguayo, Bautista Van Schouwen, Andrés Pascal Allende, Arturo Villabela, Nelson Gutiérrez y los hermanos Miguel y Edgardo Enríquez” (Pérez, 2003, p. 13). Este conglomerado político surgía de la confluencia de diversos grupos y tendencias políticas, a quienes los unía su profunda crítica al Partido Socialista y Comunista, puesto que lo consideraban como ‘electoralista’ (Leiva, 2010, p. 49).

---

que la derecha reacciona frente a la Revolución Cubana ver a Aldrighi (2001), especialmente el capítulo 1. Los fundamentos de la insurgencia. Para el caso argentino ver a Waldmann (1982).

Ahora bien, es en el “III Congreso del MIR” celebrado en 1967, cuando la impronta generacional hace eco en la organización. Sebastián Leiva (2010), plantea que en este momento se produce un recambio generacional, puesto que asume la conducción del partido el sector liderado por Miguel Enríquez, considerado por muchos como un “estudiante destacado y adolescente inquieto” (Naranjo et. al., 2004). Este sector estudiantil, desde la Universidad de Concepción le dará al MIR el “estilo” que se mantendrá en el tiempo.

Carlos Sandoval (1990), plantea que aun cuando el MIR se había propuesto una inserción entre los pobres del campo y la ciudad, en el período comprendido entre 1965 y 1970 su principal apoyo se configura por los sectores de clase media profesional y el estudiantado: “ejemplo de esto, sería el triunfo de Luciano Cruz en las elecciones de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Concepción (FEC) en 1967” (Leiva, 2010, p. 53).

Esta nueva impronta generacional, otorgada por el liderazgo de Miguel Enríquez, se puede representar en las declaraciones de éste en la revista Punto Final, luego de los enfrentamientos entre policías y estudiantes en la Universidad de Concepción ocurridos en octubre de 1967. A partir de una entrevista a Miguel Enríquez, éste realiza un balance de la lucha de los jóvenes universitarios frente al conflicto social del país. Antes de otorgarle la palabra, los editores de la revista plantean que:

los estudiantes de la Universidad de Concepción se han situado a la cabeza de las luchas juveniles en el último tiempo. En la dirección de esa lucha, ha jugado un papel de importancia el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), que en aquella Universidad tiene significativa fuerza. (Punto Final, 1967b).

Las palabras de Miguel son claves para dar cuenta del carácter juvenil que asume la organización a partir de 1967, no sólo por estar conformada en su mayoría por jóvenes, sino porque son ellos como colectividad quienes se plantean como la punta de lanza de un movimiento social que vive un proceso de acumulación. Donde el Estado y la represión juegan un papel desencadenante en la reacción de los sectores populares. Miguel Enríquez plantea:

el estudiantado en el curso de las luchas por sus reivindicaciones se había visto enfrentado al aparato represivo estatal burgués y, forzado por la dinámica de los acontecimientos había tomado definitiva posición en las trincheras del combate social. (Punto Final, 1967b)

Junto con ello, Enríquez hacía clara referencia a lo que simbolizaba el paso por la Universidad, diciendo que:

Los estudiantes de Concepción comprendieron que su papel no es el de trepadores sociales a la caza de los beneficios de un título universitario, sino que, como ‘grupo de edad’ y en su calidad de ‘joven intelectual’ al

cruzarse con la agudización de los conflictos sociales a nivel nacional y latinoamericano, se integran al movimiento revolucionario entendiendo que a la Universidad no vienen sólo a estudiar, sino también a luchar. (Punto Final, 1967b)

Con esto no hacía sólo un llamado de lucha, sino que un llamado generacional. A lo que sumaba, una fuerte crítica a los modos clásicos de acción política, aprovechando la tribuna que le otorgaba la revista, Miguel interpelaba:

Y lo más importante, los estudiantes de Concepción entendieron, y mostraron con su ejemplo, un camino que todavía sectores de la izquierda tradicional no pueden o no quieren aprender. La única forma de detener una ofensiva represiva y reaccionaria, el sólo método de impedir una dictadura legal o un golpe militar, no es bajar la cerviz, vestir piel de cordero y de rodillas jurar pacifismo y legalismo, sino muy por el contrario, enfrentar al represor, combatirlo sin ceder, denunciar cada uno de sus tenebrosos pasos y seguir adelante, haciéndole retroceder, no a su punto de partida, sino mucho más atrás. (Punto Final, 1967b)

En Argentina, la década del '60 (Ollier, 2009) esta signada por un periodo de crisis, "estudiantes, trabajadores y empleados protagonizaron una amplia gama de luchas que se sintetizaron en la insurrección popular conocida como el *Cordobazo* (1969)" (Pozzi, 2012a, p. 329), a partir de este momento los levantamientos populares fueron acompañados por organizaciones guerrilleras, las cuales habían estado marginadas de la política argentina hasta ese momento. Será en esta contingencia que el PRT formará su brazo armado, el Ejército Revolucionario de los Trabajadores, ERP.

El Cordobazo se configuraba como la conjunción del descontento popular de diversos sectores: obreros, estudiantes, jóvenes, pobladores, entre otros, se encontraron en las calles de Córdoba para expresar el descontento con la autoridad militar instalada desde 1966 por Onganía, el descontento por la crisis económica y por la situación política de la Argentina. En palabras de Anguita y Caparrós (2006), quienes mediante la pluma de la novela han materializado la experiencia de la lucha política en Argentina, la situación del Cordobazo daba cuenta de que "el aire estaba cargado con la tensión de los grandes días. El silencio estaba a punto de romperse" (2006, p. 550).

Ahora bien, la fundación del PRT en 1965, por la confluencia del FRIP (Frente Revolucionario Indoamericano Popular) y Palabra Obrera (PO), estuvo marcada por la gran afluencia de los jóvenes. Al mismo tiempo, se configuró como una respuesta ante la constante represión a la izquierda, al peronismo y al movimiento social, y es en este entorno de represión donde surgirá y dará sus primeros pasos el PRT-ERP. El PRT se configuraría como una alternativa política marxista fuera del peronismo, en las luchas sindicales.

La fuerte agitación social de las juventudes sería expresada como una preocupación por el propio Perón, quien en una carta escrita al Mayor Pablo Vicente en 1967, daba cuenta que:

Las juventudes parecen agitarse en el mundo entero tras la consigna socialista nacional, dispuestas a derivar hacia el marxismo comunista con todas sus consecuencias si les resulta invencible la acción del reaccionario contumaz. El dilema parece ser lo suficientemente claro: o socialismo nacionalista o socialismo internacional dogmático (comunismo). (Anguita y Caparros, 2006, p. 570)

Esta radicalización de la juventud puede encontrar muchas explicaciones. Para Pablo Pozzi (2012), quien ha dedicado numerosos trabajos al estudio de la estructura del PRT-ERP, “la combinación de origen humilde, expectativas y sacrificios familiares, junto con el descubrimiento de un mundo intelectual de discusión y debate parece haber contribuido en gran parte en su politización hacia la izquierda” (p. 337), refiriéndose a las juventudes universitarias. A ello agregaríamos lo destacado por Vera Carnovale (2011), quien plantea que en el surgimiento de la militancia armada, juega un papel trascendental el carácter religioso de aquella, expresada en la figura del Che Guevara como un apóstol de la revolución, para Carnovale “se advierte que una cantidad importante de jóvenes porteños y litoraleños que ingresaron el PRT-ERP habían recibido educación religiosa o habían participado de diversas actividades sociales impulsadas por instituciones eclesásticas” (2011, p. 194), lo que permitía una equivalencia entre la entrega de Cristo y la del Che, expresada en la idea de éste último del hombre nuevo.

Ahora bien, en las entrevistas realizadas por los autores citados, podemos encontrar varias alusiones a lo que implicaba la militancia para la juventud. Miguel militante del PRT-ERP, por ejemplo, plantea que “había que ser militante. Había que ser revolucionario, el que da todo [...] al que había que imitar era al Che Guevara” (Carnovale, 2011, p. 217), dando cuenta con ello de la importancia del referente juvenil del Che que explicábamos con anterioridad. En la misma línea, Pablo Pozzi (2012a) plantea que “uno [de sus entrevistados] dijo que se decidió a ingresar en el PRT en 1967 cuando el Che Guevara murió en Bolivia, puesto que ‘murió por nosotros’” (p. 337), dando cuenta de la identidad que se pone en juego, en la construcción de un “yo” colectivo.

El caso uruguayo reviste una particularidad importante. En este, los Tupamaros no se configuran como una organización dirigida por jóvenes, a diferencia del ERP (con la figura de Roberto Santucho, el menor de los hermanos) y del MIR (con la figura de Miguel Enríquez), sino que existe una gran confluencia de jóvenes principalmente universitarios en la organización, los que se transforman en un sector disidente (Labrousse, 2009, p. 39) que se enfrenta a la política del dirigente Raúl Sendic. El que incluso, debió instaurar medidas de disciplinamiento para con ellos: “otro modo de convencer a los jóvenes militantes rebeldes y discutidores era para Sendic enviarlos a «proletarizarse» con los cañeros” (Labrousse, 2009, p. 38).

El Coordinador es la organización de referencia para hablar del MLN-T, puesto que en ella confluían diversos exponentes de las alas más radicales de las organizaciones de izquierda a principios de la década del '60. Es sólo entre 1964 y 1965 (no se conoce una fecha exacta de fundación de los Tupamaros), que a partir del Plenario de Parque del Plata de 1965 donde la instancia del Coordinador se disuelve y surge el MLN-Tupamaros como organismo autónomo. Aunque ya en octubre de 1964, se había distribuido en el ámbito universitario un panfleto que rezaba: “ármate y lucha”, firmado por “Tupamaros”.

El contexto de formación de este organismo se relaciona con el creciente autoritarismo del gobierno uruguayo. El Estado se configura como un ente represor, frente a las manifestaciones sociales que buscaban una salida ‘democrática’ a los constantes problemas económicos y políticos del país. Es en este contexto que “numerosos jóvenes ingresaron a la política desde un terreno de enfrentamiento con el Estado y el sistema de partidos, colocándose como interlocutores de ambos, al elegir como lugar de militancia las organizaciones guerrilleras” (Aldrichi, 2001, p. 10).

En este contexto, el sentir social de los jóvenes principalmente, era que se habían agotado las instancias de diálogo en un país caracterizado por la estabilidad democrática, es entonces que se produce radicalización:

La violencia estatal de 1968-1971 precipitó el ingreso a las organizaciones armadas de grupos enteros de militantes de los movimientos sociales [...] la utilización de la violencia por parte del Estado contra huelgas y manifestaciones, en una espiral de creciente brutalidad, fue generando una atmosfera en que las instancias de mediación y dialogo, propias del régimen parlamentario, se vieron progresivamente sofocadas. (Aldrichi, 2012, p. 355).

En conclusión, es importante dar cuenta de que cada una de estas experiencias se entroncó con la realidad de cada país y de cada localidad donde surgió, puesto que “estas emergieron, se enraizaron, masificaron y desarrollaron a partir de un fuerte impulso local-nacional, es decir, a partir de las propias dinámicas internas de cada país” (Pozzi y Pérez, 2012, p. 10). Por esta razón en Argentina, donde la herencia del sindicalismo y del peronismo ha marcado la segunda mitad del siglo XX, la guerrilla del PRT-ERP estuvo signada por la unión obrero estudiantil. Mientras en Chile, donde la trayectoria de la izquierda política a partir de principios del siglo XX da cuenta de un proceso de acumulación que se entronca con la idea del poder popular planteada por el MIR y que a su vez, se ve enfrentado a una izquierda tradicional (Partido Comunista y Partido Socialista) que cada vez se vuelve más transaccional en sus luchas políticas. En Uruguay el bipartidismo (expresado en el Partido Colorado y Blanco) y la poca capacidad de la izquierda de entrar a la política institucional, junto con el aumento del carácter autoritario del gobierno, serán las marcas que le darán la particularidad a la experiencia Tupamara al enfrentarse con el Estado.

### III. LA UTOPIA GENERACIONAL. DE LA RADICALIZACIÓN POLÍTICA A LA LUCHA ARMADA. ¿SI EL PRESENTE ES LUCHA, EL FUTURO ES NUESTRO!

Si planteamos que la experiencia guerrillera se configura como una utopía generacional cabe mencionar la forma en que el concepto de generación ha sido descrito por las ciencias sociales en términos generales. En este caso, cabe mencionar la propuesta de análisis de Víctor Muñoz Tamayo (2011), la cual gira en torno a varias ideas centrales que queremos destacar. En primer lugar, la idea de que lo generacional como categoría, está ligada a lo moderno, puesto que se une a la vertiginosidad de esta época. En segundo lugar, que la generación se configura como una construcción identitaria a partir de la juventud. Donde a su vez, la juventud se configura como el eje simbólico de lo generacional. Esta construcción identitaria, supone una diferenciación con otras generaciones y, por ende, la construcción de otro definido en la oposición. Por último, destacar que para el autor lo generacional se configura como un factor absolutamente diferente de lo etario, puesto que un análisis que dé cuenta de esta categoría no busca oponer a los ‘viejos’ con los ‘jóvenes’, sino que rescatar el simbolismo de una construcción generacional particular (Tamayo, 2011, pp. 31-32).

Por otro lado, Duarte y Tobar (2003) plantean que “las generaciones se autoidentifican y son diferenciadas por otros, en tanto logran producir códigos propios que les caracterizan entre sus semejantes y que en el mismo movimiento les diferencian de otros grupos contemporáneos, anteriores y posteriores en el tiempo” (Duarte y Tobar, 2003, p. 27), lo que resaltaría el carácter identitario planteado también por Muñoz. Lo anterior, también es compartido por Raúl Zorzuri (2005) quien plantea que “se podría señalar que cada generación, de alguna forma, organiza los saberes y la espíteme de su tiempo” (Zorzuri y Ganter, 2005, p. 9), siendo entonces, parte de su propio contexto histórico.

Entonces “lo generacional, nos permite pensar y comprender las acciones, discursos, cosmovisiones, sentimientos y otras formas de vida de los grupos juveniles en distintos momentos de la historia” (Duarte y Tobar, 2003, p. 27), estableciendo categorías de análisis que no deben enfocarse a demonizar o idealizar a los jóvenes en cuestión. Julio Pinto y Gabriel Salazar (2002) plantean que para la generación del 68’ en Chile:

No era la sombra del suicidio lo que rondaba en su contorno, sino el fuego interior que instaba al heroísmo. Y este fuego obligaba a reconsiderar *tajantemente* la relación con los viejos: sí éstos se adaptaban a la nueva historia, bien por los viejos; si no, si seguían caminando con los temores y zigzagueos típicos de su generación, entonces ‘mala suerte’ para esos viejos y sus partidos. (Salazar y Pinto, 2002, p. 212)

Este último punto planteado por Pinto y Salazar, nos lleva a analizar la forma en que la radicalización política (inflación ideológica en palabras de Lechner), se configura a partir de una crítica del referente adulto y, con ello, a los parámetros formales del “hacer política”. En este sentido, la crítica a la izquierda tradicional se volvió una constante en los países y organizaciones que analizamos. Sebastián Leiva (2010) plantea que este proceso se vivía a nivel continental, “surgían en nuestro continente múltiples y pequeños núcleos de izquierda que se proponían retomar un objetivo que, señalaban ácidamente, la izquierda ‘tradicional’, ‘reformista’ o ‘gradualista’ había abandonado: la revolución socialista” (Leiva, 2010, p. 37). En el caso de Chile, Cristina Moyano (2009) plantea que:

Todos parecen coincidir en que en esos años [la década del 60] lo político se volvió precisamente cotidiano y marcó a generaciones, sobre todo a los jóvenes, en la comprensión de un mundo donde las relaciones políticas y de poder, sistematizadas en discursos, movimientos y prácticas políticas, construían la identidad particular y colectiva de los mismos. (Moyano, 2009, p. 54)

La revista Punto Final, daba cuenta también de la forma en que diversos sectores juveniles configuraban una crítica hacia la izquierda tradicional en Chile. Juan Arancibia Córdova (miembro de la comisión política del ‘Movimiento Camilo Torres’), decía:

Creemos, sin embargo, firmemente que en Chile y América Latina ser rebelde es ser joven [...] nunca más los jóvenes debemos ser engañados por los partidos tradicionales que buscan a la juventud para instrumentarla y alcanzar mezquinos intereses electorales” y continuaba diciendo que “la juventud ya no cree en las dirigencias envejecidas incapaces de dirigir la lucha en esta nueva etapa. (Punto Final, 1967c)

Por otro lado, Patricio Valdés dirigente de la Juventud Radical planteaba que:

A los detentadores del *statu quo* tradicional les es difícil explicarse y, mucho menos, justificar el que la juventud irrumpa, violentamente, buscándose un lugar que justifique sus responsabilidades generacionales [...] la juventud debe, en consecuencia, tomar su lugar de vanguardia, adquirir una conciencia de clase más desarrollada que nunca, a fin de señalar las injusticias actuales. (Punto Final, 1967c)

Lo anterior da cuenta que la crítica al referente adulto y “sus” formas de hacer política, se configura como un discurso generacional, que no implica solamente a aquellos que habían elegido la vía armada sino que a todos los jóvenes, de izquierda e incluso de derecha.

Igor Goicovic (2012) plantea que en Chile fueron los cuadros jóvenes del Partido Socialista, de la Democracia Cristiana y su escisión en el MAPU y luego en la Iz-

quierda Cristiana, quienes desde lo juvenil buscaron la mayor radicalización de la lucha política dentro de sus partidos o, simplemente, formaron sus propias organizaciones. En este sentido, “el fenómeno político más relevante de este período histórico fue la fundación del Movimiento Revolucionario de Izquierda, MIR, en 1965” (Goicovic, 2012, p. 162).

En Uruguay y Argentina ocurre un proceso equivalente. En el primero, el bipartidismo y la nula capacidad de la izquierda de ingresar al sistema político y evitar el autoritarismo del gobierno de Pacheco (1967-1972), implicó que “los partidos tradicionales fueron perdiendo de esta manera, además del concurso de los intelectuales, el apoyo y la participación de las generaciones más jóvenes” (Costa, 1985, p. 27). Esto se explicaba, porque la juventud se sentía ajena al sistema político uruguayo, “percibía al sistema político como hecho por y para otros, y del cual quedaba explícitamente al margen” (Costa, 1985, p. 30), cuestión que explicaría el surgimiento de organizaciones más radicales que llamarían la atención de la juventud. En Argentina, el proceso de radicalización está signado por “las mayores expectativas de los sectores medios juveniles con una realidad social descendente en un medio conservador, tradicional y fuertemente clasista, [lo que] lleva a la politización” (Pozzi, 2012, p. 7).

Es en este contexto donde entroncan diversos conflictos sociales. La crisis del sistema ISI, la migración campo-ciudad, el acelerado crecimiento de la clase trabajadora, los conflictos de tierra, el aumento de los medios de comunicación, el incremento de la educación primaria, secundaria y universitaria “aspectos todos que favorecieron el rápido proceso de politización de miles de jóvenes (estudiantes y trabajadores) que veían como necesarias, urgentes y posibles las reformas y la profundización de las conquistas sociales obtenidas hasta ese momento” (Pozzi y Pérez, 2012, p. 7).

La violencia irrumpe entonces como única arma capaz de generar los radicales cambios que la juventud creía necesarios, pero por sobre todo posibles, puesto que la violencia posee un “enorme potencial como elemento de transformación de la realidad cotidiana” (Pozzi y Pérez, 2012, p. 8).

Los procesos de politización de la juventud hacen conjunción con la construcción de una generación política propiamente juvenil, en términos de identidad y de relaciones, quienes piensan la violencia como un mecanismo viable e inmediato para romper con el orden social existente.

La experiencia de la guerra de guerrillas fue el mecanismo elegido por miles de los jóvenes para expresar su descontento con la democracia formal, pero también demostrando con ello la cercanía con que vivían el proceso revolucionario, lo que llevó a que las guerrillas latinoamericanas “fueran sobre todo llevadas a las zonas rurales del tercer mundo por jóvenes intelectuales que procedían de las clases medias de sus países [...] Esto es también válido en los casos en que la acción guerrillera se trasladaba de las zonas rurales al mundo de las grandes ciudades” (Hobsbawm, 1998, p. 439). Como plantea Clara Aldrighi (2012) para el caso uruguayo: “qui-

zás el turbulento ciclo de protestas sociales iniciado en 1968 distorsionó la visión de muchos tupamaros. Algunos testimonios admiten que la revolución, en efecto, les parecía cercana” (Aldrichi, 2012, pp. 357-358).

Esta entrega, materializada en la militancia juvenil, se configuró como un común denominador en la experiencia generacional que nos aboca. Para Carnovale en la militancia del PTR-ERP “esa actitud contestataria devino, para muchos, en la asunción de lo que entonces recibía el nombre de ‘compromiso’ y cuya manifestación primaria fue el ingreso a la militancia” (Carnovale 2011, p. 250). En los espacios de sociabilidad juvenil, tales como la universidad, colegios, centros culturales, cafés e incluso la Iglesia, se comenzó a dar el acercamiento a la militancia puesto que éste “formaba parte de un movimiento de apertura mayor, de un asomarse al mundo para explotarlo, desafiarlo, conquistarlo, revolucionarlo” (Carnovale, 2011, p. 252). Para Miguel, militante del PRT-ERP su militancia surgía “rechazando todos los moldes sociales, sumándose...siendo parte de la juventud de ese momento [...] si vos no eras de izquierda, jeras un boludo! Así que eras de izquierda o eras de izquierda, digamos” (Carnovale, 2011, p. 253). Y en esta militancia, en palabras de Julio también militante del PRT-ERP,

se mezclaba todo...la revolución, la libertad sexual...en esos años apareció la pastillita, las relaciones prematrimoniales que en una generación anterior a la nuestra estaban vedadas [...] era una militancia muy hormonal la nuestra. (Carnovale, 2011, p. 253)

La generación del ‘60 se posicionaba frente a su realidad, se hacía parte del proceso de convulsiones sociales vivido en toda América Latina e incluso en el mundo, y emergía como un sujeto con identidad propia, ya no subordinado a otras categorías como el ser obrero, campesino, comerciante u otro, sino simplemente como joven.

## IV. CONCLUSIONES

El surgimiento de los movimientos armados en Chile, Argentina y Uruguay, expresados en las organizaciones del MIR, PRT-ERP y MLN-Tupamaros, se configuró como una experiencia en la que miles de jóvenes pusieron sus sueños y expectativas de cambios, incluso entregando la vida. A lo largo del presente escrito, hemos querido mostrar la forma en que la experiencia de la guerrilla, se configuró también como una experiencia juvenil-generacional, donde miles de jóvenes vivieron procesos de cambios políticos, principalmente de radicalización, pero que también se configuraron como procesos propios de la realidad histórica que les tocó vivir como generación.

Ahora bien, hemos mencionado que la mayoría de los jóvenes que confluieron en esta experiencia eran estudiantes, muchos de ellos universitarios y que provenían

de las clases medias. En este sentido, es importante destacar la forma en que la guerrilla llevó a una negación de la clase social en los sujetos juveniles, provocando procesos de proletarianización donde ellos buscaron negar su referente social más próximo, incluso a sus familias.

Hicimos mención a la forma en que Raúl Sendic, dirigente de los Tupamaros, castigaba a los sectores disidentes de la juventud, mandándolos a 'proletarianizarse' con los cañeros. Pero también cabe mencionar, que en este proceso de radicalización política general de las sociedades de la década del 60', los revolucionarios signaron a la clase media como 'pequeños burgueses' y les otorgaron características negativas en oposición a los valores de la clase obrera. Es en esta construcción, que los jóvenes, universitarios principalmente, vivieron un proceso de proletarianización que incluso a muchos de ellos los llevo a abandonar a sus familias, la universidad u otro espacio que pudiese ser calificado como 'pequeño burgués' por la organización (Carnovale, 2011). Muchos de ellos incluso se fueron a vivir junto a los obreros, los cañeros o los campesinos, como una forma de vivir plena y consecuentemente su militancia.

Además de lo anterior, es importante señalar que el cambio cultural que se produce en ésta generación, implicó también que los jóvenes comenzaron a ser vistos como sospechosos por las fuerzas policiales, políticas o militares. En Uruguay, el 76% de los detenidos políticos eran sujetos de entre 18 y 34 años, lo que llevó a que la dictadura instalada en 1973, pusiera los ojos en los jóvenes como sujetos a 'normar', cuestión que se expresaría en el proyecto educativo de dicho régimen autoritario (Marchesi, 2010).

En este sentido, creemos importante rescatar la impronta generacional de la experiencia guerrillera, planteando que el hecho de que miles de jóvenes hayan confluído en ella, surge del nacimiento del sujeto joven con una identidad autónoma en el mundo moderno, quien es capaz de relacionarse con otros, identificarse y actuar como colectivo. Es por esto que planteamos que la guerrilla es una experiencia generacional, rescatando los elementos otorgados por los sujetos jóvenes que en ellas confluyeron: la creatividad, la necesidad y urgencia de los cambios, la crítica a los adultos y con ello, a las formas clásicas de acción política.

Pero si la lucha armada se configuró como una experiencia generacional, la derrota de estas organizaciones (incluso antes de instaladas las dictaduras militares) y la fuerte represión que cayó sobre ellas y sobre los jóvenes sospechosos de rebeldía, se configuró como una tragedia que marcó a todos y cada uno de los sujetos que confluyeron en este proyecto revolucionario. Una experiencia juvenil que se transformó en una tragedia, pero que con su derrota abría el paso a una nueva generación política, que ya no cargaba con la derrota que implicaron los golpes militares y las dictaduras, sino que tenía en sí mismos la novedad de la resistencia, la posibilidad de abrir nuevos caminos y tomar la bandera de nuevas luchas.

Los jóvenes guerrilleros que se fueron a las montañas, al campo o que iniciaron la

lucha armada en las ciudades, buscaron ser la expresión del ‘hombre nuevo’ que representara el Che Guevara, tomaron las armas para cambiar su realidad circundante y lo hicieron no sólo porque creían en ello, sino porque eran jóvenes imbuidos por los nuevos referentes políticos, porque veían la revolución como posible, pronta y necesaria. Y porque se pensaban a ellos, como colectividad, como los sujetos capaces de producir ese cambio en su contexto histórico.

La ‘utopía generacional’ que planteábamos en un comienzo, se expresó en los símbolos de rebeldía, en el vestir, en el actuar, en la figura del Che y de Fidel, en la oposición a la guerra de Vietnam, en mayo ‘68. Los referentes políticos se construyeron desde y para la juventud. La política tradicional no les permitía entrar, razón por la cual los jóvenes crearon sus propios mecanismos de hacer política. Este escrito no buscó dar cuenta de la ‘rebeldía’ de la juventud, sino muy por el contrario, plantear la lucha armada como una experiencia de ciertos jóvenes construida desde su realidad y desde sus referentes, producto del cambio cultural de la segunda mitad del siglo XX.

Los jóvenes de la década del ‘60 “persistieron porque fueron en camino del hombre nuevo [...] persistieron porque confiaron en que esa lección de dignidad alentaría a otros a seguir su ejemplo, a sumarse a esa ‘marcha de gigantes’ que ‘ya no se detendría’” (Carnovale, 2011, p. 222).

## BIBLIOGRAFÍA

- Aldrighi, C. (2001). *La izquierda armada. Ideología, ética e identidad en el MLN-Tupamaros*. Montevideo: Ediciones Trilce.
- Anguita, E. y Caparrós, M. (2006). *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina. Tomo 1 /1966-1969. “El valor del cambio”*. Santiago del Estero: Planeta.
- Aróstegui, J. (1994). *Violencia, sociedad y política: la definición de la violencia*. En *Ayer* (Nº 13)
- Carnovale, V. (2011). *Los combatientes. Historia del PRT-ERP*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Costa, L. (1985). *Crisis de los partidos tradicionales y movimiento revolucionario en el Uruguay*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- Duarte, K. (2006). *Discursos de resistencias juveniles en sociedades adultocéntricas*. Costa Rica: DEI
- Duarte, K. y Tobar, B. (2003). *Rotundos invisibles. Ser jóvenes en sociedades adultocéntricas*. En *Cuadernos Teológicos* (Pastoral Nº 4).

- García, E. (2010). *Todos los días de la vida. Recuerdos de un militante del MIR chileno*. Santiago: Editorial Cuarto Propio.
- Hobsbawm, E. (1998). *Historia del siglo XX*. Buenos Aires: Critica.
- Labrousse, A. (2009). *Una historia de los Tupamaros. De Sendic a Mujica*. Uruguay: Fin de Siglo.
- Lechner, N. (2002). *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*. Santiago: Apuntes de técnicas cualitativas II.
- Leiva, S. (2010). *Revolución socialista y poder popular. Los casos del MIR y el PRT-ERP 1970-1976*. Concepción: Ediciones Escaparate.
- Lúnecke, G. (2000). *Violencia política (Violencia política en Chile 1983-1986)*. Santiago: LOM.
- Marchesi, A. (2008). *Geografías de la protesta armada, guerra fría, nueva izquierda y activismo transnacional en el cono sur, el ejemplo de la Junta de Coordinación Revolucionaria (1972-1977)*. Presentación para la II Jornada Académica "Partidos Armados en la Argentina de los setenta. Revisiones, interrogantes y problemas" (CEHP-UNSAM). Santiago, 25 de Abril., 25 abril 2008.
- Fundación Henrich Boll. (2010). *Recordar para pensar. Memoria para la democracia. La elaboración del pasado reciente en el Cono Sur de América Latina*. Santiago: Editorial Henrich Boll Cono Sur.
- Melucci, A. (1999). *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. México: Centro de Estudios Sociológicos.
- Movimiento de Mujeres Libertad. (2010). *Libres. Testimonios de mujeres víctimas de las dictaduras*. Bolivia: Plural.
- Moyano, C. (2009). *MAPU o la seducción de poder y la juventud. Los años fundacionales del partido-mito de nuestra transición (1969-1973)*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Muñoz, V. (2011). *Generaciones. Juventud universitaria e izquierda políticas en Chile y México (Universidad de Chile-UNAM 1984-2006)*. Santiago: LOM.
- Naranjo, P et.al. (2004). *Miguel Enríquez y el proyecto revolucionario en Chile. Discursos y documentos del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR*. Santiago: LOM.
- Ollier, M. (2009). *De la revolución a la democracia. Cambios privados, públicos y políticos de la izquierda argentina*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Pérez, C. (2003). *Historia del MIR. 'Si quieren guerra, guerra tendrán...'* En

### Estudios Públicos (N° 91.

- Ponza, P. (2010). *Intelectuales y violencia política (1955-1973). Historia intelectual, discursos políticos y concepciones de la lucha armada en la Argentina de los sesenta-setenta*. Córdoba: Babel.
- Pozzi, P. (2012). *Historias de perros. Entrevistas a militantes del PRT-ERP*. Buenos Aires: Imago Mundi
- Pozzi, P. y Pérez, C. (Ed.) (2012), *Historia oral e historia política: izquierda y lucha armada en América Latina 1960-1990*. Santiago: LOM
- Salazar, G. y Pinto, J. (2002). *Historia contemporánea de Chile, Volumen V: "Niñez y juventud. Construcción cultural de actores emergentes"*. Santiago: LOM.
- Salazar, M. (2007). *Roberto Thieme. El rebelde de Patria y Libertad*. Santiago: Mare Nostrum.
- Torres, O. (2012). *Democracia y lucha armada. MIR y MLN-Tupamarus*. Santiago: Pehuén
- Valdivia, V. (2008). *Nacionales y gremialistas. El 'parto' de la nueva derecha política chilena, 1964-1973*. Santiago: LOM.
- Waldmann, P (1982). *Anomia social y violencia*. En Rouquié A. (Comp.) (1982), *Argentina hoy*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Zarzuri, R. y Ganter, R. (ed.). (2005). *Jóvenes: la diferencia como consigna*. Chile: Ediciones CESC.

## PRENSA

- Enriquez, M. (1967). *Balance de una lucha*. En Punto Final (N°40).
- Revista Punto Final (1967). *El ejemplo de Cuba* (N° 19)
- Revista Punto Final (1967b). *Balance de una lucha* (N°40)
- Revista Punto Final (1967c). *Jóvenes responden: 'sí, hay rebeldía'* (N°40)